

Soledad y pensamiento

En cuanto me preguntan “¿en qué piensas?” mi vuelo imaginario se interrumpe. Aterrizo estrepitosamente en la realidad sin recordar los cielos visitados. La atención imposibilita la imaginación, y una simple pregunta nos obliga a atender sin la posibilidad de resistirnos.

Esa interrupción de la libertad imaginaria debería ser al menos una falta de cortesía. Otras limitaciones de la libertad personal por parte de terceros están penadas, ¿por qué ésta ni siquiera se considera grosería?

Las ideas se pueden alejar de la realidad presente y local, pero esto requiere soledad o al menos aislamiento. ¿Por qué cuando alguien nos llama es imposible seguir alejados del momento?

La soledad nos permite la lejanía mental porque nos pone fuera del alcance de otras personas, la soledad se refiere a personas sin incluir objetos ni animales. ¿Qué tienen de especial las personas que provocó crear palabras específicas para describir su presencia? Debe ser su mente consciente, es lo que las distingue del resto de los seres entre los que no podemos estar solos.

Es difícil sostener la mirada de una persona adulta en silencio, pero es muy fácil hacerlo con un animal o un niño. Es el conocimiento de la capacidad pensante del que miramos lo que nos inquieta. Cuando alguien al que le atribuimos esa capacidad nos llama es imposible ignorarlo, un instinto elaborado por el temor a esas miradas nos obliga a atender. Sólo cuando realizamos una actividad mental muy exigente y estando en la cómoda presencia de familiares cercanos o con la cotidiana compañía laboral nos es posible resistir un llamado.

Me puedo resistir si estoy trabajando con algo de ingeniería, un cálculo o un dibujo en computadora, en presencia de mi hermana y sólo si me llama con un tono no urgente. La resistencia no es consciente, si lo fuera me regresaría de mi viaje mental.

Pero cuando se trata de viajes más lejanos, como el que se necesita para ciertas formas de creatividad, la presencia de mentes familiares también tiene efectos llamativos. ¿Por qué los pensantes tienen tanta influencia sobre nosotros?

Los psicólogos saben que desde niños construimos lo que ellos llaman “teoría de la mente”, que es el conocimiento de que las otras personas tienen, como nosotros, una mente. Para conseguir esto es necesario tener una mente, ser conscientes de ello, y entonces deducir que otros que se comportan igual a nosotros deben tenerla también. Ese conocimiento guiará muchas de nuestras actividades diarias y nos permitirá aprender toda una cultura a partir de la observación de los otros, también permite la empatía y todas las emociones que nos distinguen de los animales.

Pero también nos hace esclavos de la presencia de mentes, la soledad es nuestra única alternativa ante la coerción que ese conocimiento provoca.

La presencia de otras personas tiene un efecto más llamativo cuando son desconocidos. Cuando esto sucede iniciamos un proceso de escudriñamiento para conocer sobre ellos, y esta actividad es en su mayor parte inconsciente, no nos damos cuenta de todo lo que evaluamos, pero podemos usar el resultado

conscientemente. Gracias a este proceso a los pocos minutos de conocer a alguien podemos decir muchas cosas sobre la persona sin haber realizado un estudio sistemático y consciente de ella.

La actividad inconsciente a la que me refiero consiste de observar la forma como la persona se mueve, su vestido, su acento, su lenguaje, sus ademanes, sus muletillas, sus rasgos físicos, y muchos otros detalles que se me dificulta mencionar por su condición tácita. La limitada descripción que puedo hacer de esta acción es posible porque he observado a terceros que estando ante un desconocido la realizan. Después de ver cómo otros lo hacen me he sorprendido realizando la misma actividad, y luego noté que todos la practicamos automáticamente.

Ante desconocidos no nos comportamos como lo hacemos en presencia de personas que nos son familiares. Necesitamos tener una idea de quiénes son y cómo piensan para poder desenvolvernos. Necesitamos un *Background* (para usar el término de Searle) antes de actuar, y en un contexto social éste incluye el conocimiento de la mente de los otros.

Usualmente el análisis inconsciente se auxilia de estereotipos, que son útiles para conseguir un veredicto rápido pero que pueden crear un problema de simplicidad si nos limitamos a él.

De esta forma es como empezamos a conocer a una persona, pero para lograr que no llame nuestra atención es necesaria la familiaridad, saber incluso que esa mente no se molestará por la falta de atención. Es necesario conocer lo que la otra persona piensa de nosotros y nuestras acciones. En realidad este sistema de conocimiento recíproco es aún más complejo: sobre el que nos es familiar conocemos también lo que él cree que nosotros pensamos.

Para algunos evolucionistas, esta complejidad en las relaciones sociales fue la causa que provocó que el crecimiento cerebral fuera una ventaja en los homínidos.

En una conversación esa complejidad está presente, a cada momento evaluamos los pensamientos de los otros, lo que piensan de nosotros y lo que creen que nosotros pensamos, y quizás existen más niveles que no tiene sentido escribir aquí. Cuando nos desenvolvemos en esta actividad no nos es posible separarnos del momento y el lugar, toda nuestra capacidad está atendiendo las demandas de la conversación, siguiendo su ritmo.

Sólo si nos aislamos podemos despegarnos del momento. Esto lo podemos conseguir cuando el trato con nuestro compañero es familiar, pero tiene la facilidad de regresarnos con un simple, “¿en qué piensas?”.

Si los evolucionistas que proponen que el crecimiento cerebral tuvo ventajas y fue seleccionado naturalmente gracias a que mejoró las relaciones sociales tienen razón, entonces cuando nos retiramos a la soledad nos quedamos con una gigantesca máquina de pensar desocupada. Y la soledad es una situación reciente, hasta hace unos cuantos siglos no había personas que pasaran ni un momento de sus días solos.

Desarrollamos nuestra capacidad pensante siendo sociales y hace poco liberamos nuestro potencial gracias a la intimidad.